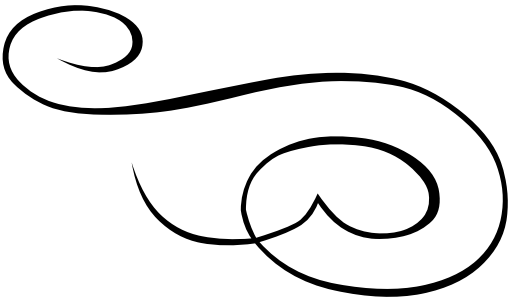
Tu última lágrima



J.J. Ulfilos

Tu última lágrima

Tu última lágrima
J.J. Ulfilos

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-16439-08-9

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2015 J.J. Ulfilos
© 2015 Fotografía de la cubierta: Sonia Peón Tejera
© 2015 Fotografía del autor: Sonia Peón Tejera
© 2015 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

A mi hermana, a mis padres, a todos aquellos que confiaron en mí, y a los románticos que creen en el amor.

<<No llores porque me perdiste,
sonríe porque me conociste>>

1932-1934

1

Comienza a caer la tarde en Valladolid, el sol empieza a alejarse por el horizonte, reflejándose en todos aquellos edificios que se ponen en su paso, y dando un pequeño respiro hasta el día siguiente en estos primeros calurosos días de agosto de 1932.

El alumbrado eléctrico, que tan solo veinticuatro años atrás se había inaugurado en la capital castellana, inicia su encendido dando comienzo a la vida nocturna. Todavía queda algún resquicio de luz natural que ayuda a que la gente se pueda acomodar en las sillas de madera dispuestas en una de las pérgolas del Campo Grande, antes de que dé comienzo la película.

Las sillas se van llenando poco a poco generalmente ocupadas por la clase media, dispuesta a pagar algún céntimo para no tener que estar de pie. Mientras tanto, en otro lugar del Campo Grande:

— Vamos Pablo, que llegamos tarde, ya va a empezar la película.

— Ya voy Susana, no seas impaciente, no ves que los patos requieren de mi adorable compañía.- le respondía con una sonrisa.

— Sí, si yo lo veo, lo que ocurre que mis padres también me requieren como dices tú, y me subrayaron que no llegara tarde.
— Está bien, vámonos, ya volveremos otro día.

Tras estas palabras salí corriendo dejando atrás a Susana, mientras ella me gritaba que le esperase. Así llegamos al lugar donde estaba sucediendo la proyección, y como ella ya me había adelantado, la película ya había empezado, no pudiéndonos sentar al lado de sus padres y de sus hermanos, teniéndola que ver sentados en el suelo.

Allí pasamos toda la película, no parando de hablar, y siendo llamados la atención varias veces por los señores y señoras que teníamos a nuestros respectivos lados.

Una vez concluida, Susana ya se reencontró con sus padres.

— Susana, hija, que te habíamos dicho, que no llegaras tarde porque sino, no tendrías silla para poder sentarte. – le recriminaba María, su madre.
— Ya… Pero es que…-

Susana no sabía que decir, entonces yo decidido, comencé a hablar.

— Miren, ha sido culpa mía, yo le pedí ir al lago, y se nos echó el tiempo encima, y cuando nos dimos cuenta, la película ya había comenzado.
— Está bien Pablo, pero la próxima vez procurad ser más puntuales.
— De acuerdo, no se preocupen.- contesté con voz firme y precisa, sin dar lugar a duda.

— Muy bien, entonces buenas noches, y da recuerdos a tu madre, y dile que un día quedaremos con ella para tomar un café.
— Yo se lo digo, no se preocupen, y buenas noches.- les devolví los saludos.
— Susana, despídete de Pablo y vámonos, te esperamos afuera.

Sus padres comenzaron a andar, junto con dos de sus hijos; Ramón y Antonio, gemelos, cuatro años menores que Susana, y siempre intentando picar a su hermana. Nada más dar un paso junto con sus padres, ambos, con voz al unísono, se despidieron.

— Adiós novios.- riéndose entre ellos a carcajadas.

Mientras, yo mostraba una pequeña sonrisa a pesar de la cara de enfado de Susana.

— Adiós Pablo, me voy, mañana nos vemos- se despidió, dándome un beso en la mejilla.

2

Con la salida del sol comienza un nuevo día, los tranvías se ponen a funcionar, las fábricas abren, y en la casa de Susana, sus padres, Pedro y María se preparan para ir a trabajar. Pedro en la farmacia que está justo calle arriba de donde viven, y María como enfermera al hospital provincial. Mientras, todos sus hijos están en la cama, aprovechando las vacaciones de verano. Una vez levantados, Susana es la encargada de cuidar a sus herma-

nos pequeños, mientras Julio, el hermano mayor, se encuentra fuera de Valladolid durante unos días.

Ya a la tarde, una vez que volvió María a casa, Susana se preparaba porque había quedado conmigo para ir a dar un paseo. Ese paseo, nos llevó a cruzar toda la ciudad, llegando a uno de esos cerros que está al otro lado de las orillas del río, desde donde se puede divisar toda la ciudad.

Sigue el mismo calor sofocante de días atrás, apenas la pamela de paja que lleva Susana le impide recibir con menor intensidad esos rayos de sol, que poco a poco nos van haciendo coger un color rojizo.

— ¿Dónde vamos?- me preguntaba con insistencia y cansancio, después de llevar andado más de una hora.
— No te preocupes, que ya estamos llegando.- le respondí con cierta sorna.

Media hora más tarde, y después de subir varias cuestas entre matorrales secos y de una altura considerable para ser matorrales, yo emocionado le dije:

— Ya hemos llegado, ¿no te parecen asombrosas las vistas de toda la ciudad?-le pregunté con cierta retórica, ya que yo mismo me estaba dando por respondido.

Pero ella fatigada de todo el trayecto, y de la alta temperatura que hacía, se dejó caer junto a un árbol en el cual había cierto verde y daba una gran sombra para poder cobijarse del sol que había; ella realmente sí se había quedado impresionada por las vistas, pero dado el calor sofocante que tenía, y el cansancio

acumulado de toda la subida, mostró su negativa, haciendo caso omiso a mis palabras.

— Las vistas son bonitas, pero tampoco son tan impresionantes como para tener que levantarme de donde estoy sentada.- me respondió rotundamente y con cara de enfado, aunque realmente si le gustaran las vistas, quería mostrarme su malestar por haberle hecho subir hasta allí a esas horas de la tarde.

Yo no quise contestarle, y me fui a inspeccionar aquellos lugares en los cuales nunca había estado mientras ella se quedó descansando bajo aquella sombra que el árbol le estaba dando.

A la hora regresé con un cierto color en mis brazos, debido a esos rayos de sol que azotaban con gran virulencia y me senté junto a ella. Juntos sentados pasamos largo tiempo, sin abrir boca, hasta que yo aburrido de esa situación empecé a hablar.

— Entonces, ¿te ha gustado a dónde te he traído?- volví a preguntar, para ver si esta vez sí obtenía respuesta.

Pero no obtuve la respuesta que estaba buscando, sino una respuesta inesperada, una respuesta la cual muchas veces me había imaginado, pero que nunca había llegado a ocurrir. Nosotros éramos amigos de la infancia, ya que nuestros padres, Pedro y José, lo habían sido desde siempre, por lo que nosotros desde que éramos pequeños pasábamos tardes enteras jugando, siendo lo que más le gustaba a Susana, ponerme a prueba, y reírse de todas las tonterías que yo podía llegar a realizar. Nunca había llegado a suceder nada entre nosotros, salvo alguna que otra ocasión, con cinco, siete o diez años, un beso tonto de dos amigos que experimentan juntos.

Pero ese día, en aquel cerro, y con una pequeña brisa de verano, una vez pasado todo el calor sofocante que horas atrás se había cebado con nosotros, provocó que Susana se lanzara hacia mí con un beso tímido. Yo inicialmente me sorprendí, apartándome hacia atrás, aunque segundos más tarde, fui yo quien se abalanzó sobre ella. Los dos quedamos tendidos sobre el verde y los matorrales que había junto aquel árbol, que intensa sombra le había dado a ella durante toda la tarde. Tumbados, nos empezamos a besar suavemente, con delicadeza, yo le apartaba su melena morena, y le acariciaba la cara, ella me miraba fijamente, y se medio mordía sus finos labios rosados. Así estuvimos durante varios segundos, hasta que yo empecé a bajar por su cuello, pequeños mordiscos, soltándole los tirantes de su vestido color hueso, dejando al aire sus bonitos pechos, firmes como los de cualquier chica de diecisiete años que pueda tener, pasando por ellos las palmas de mis manos, e ir bajando poco a poco, a través de la cadera, llegando a la ingle, y dejándolas abandonar a través de una caricia suave en sus muslos. Ambos nos quedamos desnudos, mientras persistían las caricias y los besos. Ella se colocó encima de mí, con un vaivén más propio de una amazona al montarse sobre su montura, y empezamos a cabalgar como nunca antes yo lo había hecho. Ninguno decíamos una palabra, solo se oían los gemidos de Susana, y algún que otro ave como podían ser los jilgueros. Ella seguía moviendo su melena morena producido por este éxtasis de placer, los dos estábamos sudando, reflejándose sobre nosotros los últimos rayos de sol de aquella tarde de verano; Susana empezó a gemir más fuerte, comenzó a pedir más, a gritar mi nombre, mientras me cogía sus manos y me las posaba sobre su apretado glúteo, dejándonos llevar poco a poco, hacia un placer inimaginable.

Así estuvimos un tiempo, hasta que nos dejamos caer sobre algún corro que había de hierba; yo abrí los brazos dándome de lleno el sol, mientras Susana se colocó de costado, teniendo el pelo lleno de finas pajas caídas del árbol bajo el cual nos hallábamos, mirándome tiernamente; ambas miradas conseguíamos que se cruzaran, y sin mediar palabra, nos echamos a reír.

Al cabo de un rato nos vestimos, y comenzamos a descender aquel cerro que en un principio a Susana no le había convencido, pero seguramente termine siendo un lugar que recordará para toda su vida.

— Vamos Susana corre, que perdemos el tranvía.- le decía mientras corríamos agarrados de la mano.
— Tranquilo que llegamos.
— No, corre, que luego te quejarás si nos toca volver andando. – le contesté seriamente.

Corriendo de dicha forma, llegamos a la estación de Rioseco, cogiendo uno de los últimos tranvías antes de que dejaran de circular.

— Lo ves cómo hemos llegado. De verdad Pablo, eres un agorero.
— No es cierto, lo que realmente ocurre, es que si hubiéramos perdido el tranvía nos habría tocado volver andando, y no creo que estuvieras dispuesta, dado lo que te has quejado a la ida.

Susana me miró con cara de pocos amigos, respondiéndome con un tono áspero:

— Claro, antes me quejaba porque en plena tarde, con alta temperatura, y con la incidencia tan fuerte de los rayos del sol, a nadie le gusta subir hasta arriba de una montaña.
— No es una montaña, es un cerro.- le dije en tono burlesco.

Ella se rió, movió la cabeza a un lado y a otro y me dio un puñetazo en mi brazo derecho.

Ya una vez subidos en el tranvía, fuimos de pies agarrados a las barras superiores; ella miraba atentamente mis ojos verdes aceituna, los cuales por momentos te consiguen hipnotizar, como había sucedido horas antes; mientras, yo observaba a mi alrededor, pensando en este viaje de vuelta que nos había costado veinte céntimos a cada uno.

— ¿Y finalmente cuando os vais a Santander?- le pregunté.
— Mañana a primera hora, así que espero que mis padres no se estén enfadando mucho por no haber llegado aún a casa.
— ¿Y cuándo volvéis?
— Ya volvemos a finales de verano, justo para el comienzo de las clases. Y volveremos con mi hermano, que ahora mismo se encuentra allí, en la casa de mis tíos.
— Ya, eso ya lo sabía. Entonces estas dos, tres semanas, no sé qué haré, ayudaré a mi madre, o llevaré de excursión a mi hermana.
— Sé que me vas a echar de menos.- se reía ella.
— No, la verdad es que no creo que eso ocurra.- yo me hacía el duro, mientras, en el fondo, pensaba lo largos que se me harían los días sin ella.
— Jajajaja, ya… ya…

Con este pequeño tira y afloja entre nosotros, llegamos a la Plaza Mayor, donde nos bajamos. Ya había anochecido, y la plaza estaba bastante concurrida; abandonamos la Plaza Mayor, y subimos a lo largo de Duque de la Victoria, llegando hasta su portal.

— Pásalo muy bien en Santander, y acuérdate de mí.
— Lo primero lo haré seguro, lo segundo, permíteme que lo dude.- me respondió.
— Adiós Susana.

Nada más pronunciar esas palabras, ella me besó apasionadamente, fundiéndonos en una única persona.

3

Aquella noche no pegué ojo; no conciliaba el sueño, era incapaz de mantener una firme postura en la cama, las sábanas me hacían preso de mis deseos, me privaban de aquella libertad que necesitaba para ir corriendo hasta su casa, llamar a su puerta y comerla a besos; desgastarla con mi mirada frívola, y mis suaves caricias a lo largo de su piel tersa y suave. Todos mis pensamientos, todas mis imágenes eran acerca de ella. Reconstruía una y otra vez lo sucedido, aún era incapaz de comprender todo lo que había ocurrido, ¿por qué había pasado? Susana, mi amiga de toda la infancia, y de la que llevaba enamorado prácticamente toda mi vida. Al principio aquel primer amor que todo niño tiene en el colegio; más tarde en la adolescencia, yo suspiraba por ella, la deseaba. Ella únicamente me veía como su mejor amigo, aquel a quién podía contar todo lo que le pasaba, y

aquel quien le secaba las lágrimas todas las noches que sucumbía en la tristeza. Por ello, ella nunca me había insinuado nada, ella no quería hacer daño a su mejor amigo. Pero aquella tarde ella estaba deseosa del placer del cuerpo humano, y con quién mejor que alcanzar aquellos suculentos orgasmos que conmigo, con su amigo de siempre; a pesar de que ella no estuviera enamorada de mí, me quería con toda su alma, aunque yo sé que físicamente no era su prototipo de chico, nunca negaba mi belleza.

Me retorcía una y otra vez en la cama, daba vueltas como una manecilla de reloj, sin pausa, cerraba los ojos y recordaba aquella melena morena, su piel blanca, como mis manos se posaban en sus pechos turgentes, mis dedos jugueteaban con sus pezones rosados, y como iban bajando luego poco a poco por su torso llegando hasta sus suaves piernas, y mordisqueando su cuello.

Repetía estas imágenes sin cesar, no sabía si lo sucedido volvería a pasar, pero ahora me sentía ansioso por volverla a ver, no comprendía como Susana se me había lanzado con lujuria, cuando nunca antes había pretendido aquel deseo.

4

Al día siguiente, poco después de que saliera el sol, Susana, junto con sus padres y sus dos hermanos pequeños, cogieron el tren dirección Santander para disfrutar de un par de semanas de vacaciones.

Mientras tanto en mi casa, poco más de las nueve de la mañana, suena incesantemente el timbre. Aún ni Carmen, mi hermana, ni yo, nos habíamos levantado, ambos seguíamos durmiendo en nuestras habitaciones, solo estaba despierta mi madre, quién preocupada de esa continua insistencia, se levantó dejando la máquina de coser parada, y el dobladillo del vestido que estaba haciendo sin terminar.

— Hola, buenos días, ¿usted es María Carmen, la costurera?- preguntaba una señora bien arreglada, bastante perfumada, dejando a su paso un gran olor a jazmín, y con un sombrero, el cual tenía unas plumas moradas que le cubrían toda la cabeza.
— Sí, soy yo, ¿qué se le ofrece?- respondió intrigada, no por el hecho de que tuviera que hacer un vestido ya acostumbrada de que la gente fuera por su casa, sino por estar frente a una señora con muy buena presencia a esas horas del día.
— Mire, tengo entendido, que usted es una gran costurera y bastante discreta, por lo que me gustaría hacerle un encargo.
— ¿Y de qué encargo estamos hablando?
— Serían dos vestidos de gala, uno para mí y otro para una amiga que no ha podido venir, para lucirlos durante una noche de febrero, por lo que no lo queremos de una tela muy suave a ser posible. Ya sabe cómo son las noches de invierno en Valladolid.- le preguntaba implícitamente.

Mi madre sonreía suavemente, mientras mostraba su impresión acerca de aquellas palabras.

— Sí, lo sé, y son bastante frías. Entonces cuándo podrían venir para tomarles las medidas, y explicarme más o menos que idea acerca de los vestidos quieren que les haga.
— En dos semanas si le parece bien, ya una vez entrado septiembre, que ahora mismo es un poco complicado, ya que los niños están de vacaciones, y mi amiga en estos momentos no está por Valladolid.
— Me parece perfecto, y una pregunta más, ¿qué presupuesto tienen para los vestidos?
— El dinero en principio no es problema, mientras los vestidos sean apropiados para la ocasión, sean bonitos y los podamos lucir correctamente ese día, estaremos dispuestas a pagar la cifra que nos diga.-le respondía, pero sin aires de grandeza, y con los pies en el suelo, sabiendo la situación que muchos españoles estaban pasando.
— Estupendo, en septiembre nos vemos, será un placer trabajar para usted.
— Gracias a usted. Por cierto, yo me llamo Dolores, encantada.

Dicho esto, las dos se despidieron cordialmente. Mientras mi madre cerraba la puerta de casa, Dolores bajaba las escaleras con cierta satisfacción del encargo que ella y su amiga iban a realizar.

Al cabo de un rato, tanto mi hermana como yo nos levantamos, y mientras desayunábamos nos contó lo que acababa de suceder.

— Madre ¿Quién ha llamado esta mañana, que me han despertado?- comencé a preguntarle mientras sostenía el tazón de la leche.

— Sí, es verdad mamá, ¿quién era?- replicaba Carmen.
— Mirad, os lo voy a contar. Era una señora bien arreglada, adinerada, que ha venido para que le hiciera unos vestidos de gala, a ella y a una amiga suya para febrero; porque deben de tener un acto importante o algo parecido, me ha dado a entender.

Nos contó todos los detalles acerca de cómo era la señora, como iba vestida, como olía.

La discreción que Dolores había considerado que tenía mi madre, en estos momentos estaba naufragando, como barcos de papel en un riachuelo.

— En serio madre, ¿y no sabe quién era la otra señora? ¿y vamos a ganar mucho?- intentaba yo seguir sonsacando.
— No, no sé quién era la otra señora, y en cuánto al dinero, me han dicho que en principio no me preocupara por ello, que no les importaba mientras fueran unos vestidos que pudieran lucir y estilosos.
— Halaaaa… seguro que es alguien conocido y famoso. – exclamaba Carmen, mientras daba vueltas a la cabeza de quien pudiera ser.

Una vez que nuestra madre nos contó todo lo que horas antes había sucedido, y de que mi hermana hiciera todas sus posibles conjeturas, continuamos desayunando, sin prestar mayor atención a los hechos ocurridos.

5

Fueron pasando los días, las horas de luz se iban acortando poco a poco, y las noches cada vez iban siendo un poco más frías. Así comenzó el mes de septiembre, y con él, regresó a la ciudad la familia al completo de Susana. Yo aún no sabía que mi gran amiga había vuelto hacía varios días, me enteré mientras daba una vuelta con Carmen, yendo hacia el kiosko de Plaza España, ya que aquí se encontraban esperando los gemelos a que les tocara el turno para pedir.

Horas después, me presenté en su casa, y allí me abrió la puerta ella, tan guapa como siempre, vestía un vestido blanco con estampaciones de flores amarillas, y tenía el pelo recogido mediante un pasador que le hacía juego con sus ojos marrón avellana.

— Hola Pablo.- me saludó efusivamente con un abrazo- aún no me había dado tiempo de ir a verte, mis padres me tienen todo el rato haciendo recados y cuidando de mis hermanos.
— No importa, por ello estoy aquí. Es que esta mañana vi a tus hermanos, y entonces deduje que ya habríais vuelto, ¿te apetece dar una vuelta y me cuentas qué tal por tierras cántabras?
— Bueno, vale, pero poco tiempo, que tengo que volver pronto a casa.

Al principio se resistió un poco a dar una vuelta, pero esto le duró apenas segundos, sucumbiendo al instante a mi petición, saliendo de casa para dar ese paseo.

Estuvimos andando durante algo menos de dos horas; tiempo suficiente para contar todas las anécdotas e historias vividas en Santander.

— Recuerdo un día, mientras andábamos por el astillero, uno de mis hermanos, Ramón, se pegó tal trompazo mientras iba corriendo detrás de Antonio, que nos pegó tal susto, que a mi madre casi le da algo. Por lo demás, me lo he pasado bastante bien, aunque nos ha llovido bastantes días, los paseos al caer la noche, y ver los últimos rayos de sol reflejados en el mar, los barcos pesqueros volviendo a puerto mientras las gaviotas revolotean encima de ellos, poder sentarse en la orilla, disfrutando de la brisa marina, mientras veo a mi hermano mayor Julio escribir, te ayuda a encontrarte contigo mismo. En conclusión me han parecido geniales, y he podido disfrutar de mi familia que hacía tiempo que no lo hacía.- sonreía Susana.

En aquel momento, mientras ella me contaba que había podido disfrutar de su familia, yo me acordé de mi padre que hacía nueve años que ya no estaba debido a una enfermedad de corazón. Pequeñas gotas corrían por mi suave piel, ojos enrojecidos que me impedían ver correctamente, tristes pensamientos que se cruzaban por mi mente. Entonces quise disimular, intentando fingir que una pelusilla se había introducido en mis verdes ojos. Aquella interpretación que hice no fue suficiente para que Susana se diera cuenta, y me diera un gran abrazo, secándome las lágrimas que aún caían por mi lagrimal.

6

Son mediados de septiembre, y ya han empezado las clases; después de llevar ya varios días lectivos, aún no ha vuelto a aparecer Dolores con su amiga misteriosa para diseñar los vestidos que mi madre iba a realizar. Ella, se sentía intrigada, y un poco angustiada, ya que habían quedado para los primeros días una vez empezado el curso, y aún no habían aparecido. Su cabeza le daba vueltas, y apenas dormía.

— Madre, no se preocupe, que solo llevamos varios días de clase, ya vendrá.- intentaba convencerla mediante esas palabras.
— Ya hijo, si puede que tengas razón, pero y si se ha echado marcha atrás, y si ha cambiado de idea decidiendo ir a otra modista.- me replicaba.
— Tú estate tranquila, que seguro que viene. No hay ninguna otra modista tan buena como lo eres tú, y si por un casual cambiara de idea, ya vendrán más señoras en busca de uno de tus vestidos.
— Ya, pero esto tenía pinta de ser un buen negocio, pero bueno, si se han echado marcha atrás yo no puedo hacer nada al respecto.

Mientras tanto, la vida en la ciudad continúa su curso, salvo por un pequeño desajuste que se iba producir en el número dos de la Plaza San Pablo una vez finalizado el recreo, y más concretamente en una de las aulas del primer piso de segundo grado, en la cual se encontraban Ramón y Antonio.

— Antonio, Ramón, ¿qué habéis hecho?- exigía explicaciones su profesora de lengua castellana, con un genio desmesurado y con cara de pocos amigos tras ver lo ocurrido.
— Nada señorita, no hemos hecho nada.- contestaron rápidamente y al unísono, mirándose entre ellos, y secándose el sudor de la frente con la palma de su mano.
— Exijo una explicación, si no me la queréis dar a mí, se la daréis a vuestro director ahora mismo.
— Pero señorita, nosotros no hemos hecho nada, nada es lo que parece.
— Ya veo que no me queréis contar lo que ha sucedido aquí, por lo que vamos al despacho del director. Francisco, sal a la pizarra y apunta a todo aquel que se mueva.
— Pero señorita, que nosotros no hemos sido…- replicaban los dos hermanos, intercambiándose la palabra de vez en cuando.

Paso firme y sin mirar atrás, así es como iba Juanita, su profesora, a través de los largos pasillos hasta llegar al despacho del director; tras ella, iban los dos gemelos, con rostro desencajado, y no sabiendo lo que les podría pasar.

Una vez dentro del despacho, pocos sabían lo que iba a tener lugar.

— Buenos días, padre Agustín, vengo con estas dos criaturas, para que le cuenten el acto que han cometido, y les imponga un severo correctivo.
— Buenos días, pero qué ha sucedido Juanita, que habéis entrado y aún no me he enterado de qué me estáis hablando.

Mientras Juanita, la profesora, y el padre Agustín, comenzaban la conversación, Ramón se fijaba en todos aquellos pequeños detalles que tenía a su alrededor; giraba su cabeza, empezando por mirar a su hermano Antonio, e iba poco a poco observando aquel despacho oscuro , con un crucifijo de gran tamaño sobre la cabeza del director, fotos de la congregación en diferentes lugares, entre ellos el Vaticano, y con unos niños en una situación un tanto precaria, una planta de metro y medio muy bien cuidada justo al lado de la puerta, una estantería repleta de libros, y sobre el escritorio, poseía una máquina de escribir, un poco oxidada, la cual estaba más por presunción, como suele ser en gran parte de la instancia religiosa, que por el mero hecho de usarla en el trámite de algún papeleo. Una vez que llegó al escritorio, fue subiendo poco a poco su mirada, fijándose en una pequeña mancha de café que el padre tenía sobre su alzacuello, en ese momento miró a su hermano, Antonio se dio cuenta de lo que Ramón le quería mostrar; segundos después ambos esbozaron una sonrisa.

En ese justo instante, Juanita se giró hacia ellos, y vio que ambos se reían, enfureciéndose mucho más en ese instante.

— Mire padre, y encima se ríen, no tienen perdón de Dios, van a ir al infierno de cabeza.
— Juanita no diga esas cosas, todos sabemos que romper una ventana con un balón está mal, y por ello les voy a imponer un severo castigo, pero de ahí a que diga lo que está diciendo es un paso bastante grande.

Juanita con la ceja levantada y gesto retorcido, acató órdenes, aunque no estuviera muy a su favor. Pareciendo ella la religiosa,